

## Bogotá en 1885 (1)

ENTREVISTA CON EL SEÑOR SUÁREZ

Al día siguiente de mi llegada a la capital se presentó a mi hospedaje un joven de barba poblada y aspecto modesto y simpático a ofrecerme su amistad y servicios, por recomendación de un amigo de entrambos, el señor presbítero don Baltasar Vélez Velásquez, entonces cura párroco de Belén, sacerdote inteligente, instruido, activo, benévolo y servicial y muy estimador del recién llegado, y mucho más de su comisionado, a quien admiraba por sus talentos, saber y virtudes. En suma, el presbítero Vélez quería que a los dos paisanos les sirviese esta entrevista como punto de partida de una amistad sincera y leal.

EN CASA DE LAS ACEBEDOS

El recomendado para la visita no era otro que *don Marito Fidel Suárez*, quien al punto invitó gentilmente a su recomendado para dejar el hotel de la Concepción y morar en la casa donde él mismo tenía su alojamiento, situada en la hoy carrera 6.ª, frente a la calle tapada de san Agustín. Aceptado el ofrecimiento, el viajero se domicilió en una pieza disponible, aparte de la que ocupaba el señor Suárez, y contigua al departamento de las dueñas de la casa, que eran dos ancianas muy blancas y respetables, las señoras Acebedos Tejadas, doña Concepción y doña Catalina, hijas del tribuno de 1810, don José Acebedo y Gómez, y sobrinas del antiguo representante de la República ante la Santa Sede,

(1) El erudito historiógrafo don Estanislao Gómez Barrientos acaba de publicar en Medellín, un volumen titulado *25 años al través del estado de Antioquia, 1876 a 1889*. De él extractamos los apartes que siguen.

don Ignacio Tejada, y, por consiguiente, hermanas de don Pedro, don José y don Alfonso, y cuñadas del intrépido general Juan José Neira, el héroe de Buenavista en 1840.

El señor Suárez, que había sido discípulo de los doctores don Sergio Arboleda y don Carlos Martínez Silva en el Colegio del Espíritu Santo, y profesor del mismo establecimiento, y que antes había figurado en el seminario de Medellín como aventajado discípulo y profesor, había adquirido celebridad entre la gente culta de la capital por su erudito y docto trabajo sobre la gramática de don Andrés Bello, que fue laureado en un concurso en que tuvo por jueces a profesores tan competentes como los doctores Felipe Zapata, Carlos Martínez Silva, José Caicedo Rojas, Sergio Arboleda y Diego Rafael de Guzmán. (Véase el *Repertorio Colombiano*, 1881, número XLII).

El señor Suárez era muy considerado de una porción de gente principal; pero él, que fue sucesivamente empleado en el Banco de Colombia, dirigido entonces por don Dionisio Mejía, y del Ministerio de relaciones exteriores, donde figuraba como subsecretario, procuraba estar apartado de la sociedad para dedicarle todo su tiempo a sus deberes de oficina. Se le calificaba de retraído, pero no por eso era menos estimado de los que conocían un poco sus nobles cualidades, sus talentos y sus severas costumbres.

*En el atrio de la Catedral* eran generalmente nuestros paseos vespertinos, lugar de reunión entonces muy concurrido por causa del invierno, lo cual impedía a la gente ejercitarse en el paseo por los camellones de las Nieves, san Víctorino u otros.

En aquel atrio me puso el señor Suárez en relaciones con don Rafael Pombo, don Víctor Mallarino y otras personas notables.

El señor Pombo se ocupaba entonces no de poesía y literatura, sino de las bellas artes de la pintura y la arquitectura, por lo cual dijo una noche el ilustre doctor José María Samper, en presencia del poeta: «Este Rafael Pombo sí que es raro e incomprensible: es poeta por todos reconocido y no quiere hacer versos, y por el contrario se le ha metido en el pecho que su vocación es para pintor y arquitecto.... Qué hombre tan extravagante....»

El señor Pombo aprovechaba aquellos paseos para hacerle clase al autor de estas líneas del hermoso aspecto de los muros exteriores del capitolio, de los planos de mister Reed, de la belleza de la piedra jaspeada que daban las canteras de los cerros del oriente; y al pasar revista a su colección de pinturas, que tenía en una pieza del palacio arzobispal, gastaba horas enteras discurriendo sobre los cuadros y las condiciones de los más célebres pintores españoles, italianos u holandeses. El señor Pombo se distinguía por su benevolencia para con los jóvenes artistas menesterosos de apoyo y protección.

#### CONDICIONES DEL SEÑOR MALLARINO (VÍCTOR)

Del caballero de este nombre lo mejor que se podrá hacer para que lo conozcan los que leyeron estas páginas es reproducir el recuerdo necrológico que de él trazó en *La Crónica* monseñor Rafael María Carrasquilla en 1920 (*Familia Cristiana*, número 761):

«Desde los primeros años de mi vida le conocí a fondo, gracias a la estrecha amistad que lo ligaba con mi padre. Merced a ella penetré más tarde en lo íntimo de aquel cristiano hogar, impregnado del espíritu de Dios.

«Don Víctor Mallarino fue hijo de don Manuel María, el preclaro repúblico.... Viajó largamente, niño todavía, en compañía de su padre, por el norte de América y muchos de los países europeos, y dentro y fuera de los patrios confines recibió completa educación, semejante a la que se da a los primogénitos de la aristocracia inglesa. Conocía a fondo la lengua y literatura latina y hablaba inglés, francés e italiano, como si cada uno de ellos hubiera sido su idioma nativo. Juntaba a la erudición una refinada cultura en el porte y maneras, calor en los afectos y en el modo de expresarlos, suma vivacidad y gracia en el trato social y una fluidez y abundancia de palabra que unida a las demás dotes, habría hecho de él, si hubiera querido, uno de los primeros oradores de Colombia. Pero, no obstante la vehemencia aparente de carácter, era modesto hasta la timidez, y no consintió en que su nombre apareciera en público; mas los que leyeron sus cartas y oyeron sus conferencias que dictaba a sus alumnos, saben hasta dónde habría llegado si no hubiera impuesto ocio a la pluma y mudez a la elocuencia.

«El rasgo dominante del señor Mallarino era su fe católica, ilustrada con lecturas copiosas, con dilatados y concienzudos estudios; fe de una sola pieza, sin atenuaciones ni medias tintas, al modo de la de Luis Veuillot y la de Donoso Cortés, la que no reconoce gradaciones en los errores condenados por la Iglesia, la que no concibe cómo pueden hallarse las creencias presentes en el entendimiento y ausentes de las obras, la que no admite conciliación entre la piedad cristiana y las máximas, prácticas y pasatiempos mundanos. Aquella fe era el móvil de todas sus acciones, el alma de su alma, la vida de su vida....»

El señor Mallarino era de unos afectos encendidos y sinceros, y su aspecto, trato y maneras eran real-

mente encantadores. Brillaba por la nobleza y la amenidad, y en la conversación sabía comunicarle a su interlocutor el entusiasmo por las ideas elevadas de que su pecho se sentía poseído. El que esto escribe le debió muy señaladas atenciones, entre ellas la de haberle invitado, así de improviso, a sentarse a la mesa, de la manera más inesperada, afectuosa y solícita, y sin que valieran excusas. Y qué manera tan garbosa y agradable la suya para una invitación:

«Amigo don Estanislao (le dijo una tarde el señor Mallarino a su nuevo amigo, tomándole del brazo), sigamos por esta calle (la de la Carrera), y al tratar de la despedida delante de la morada del señor Mallarino (1) añadió éste con aquel modo rápido y entusiasta de su elocución:

«No señor, usted no se puede ir ahora, está sentenciado a acompañarnos en la mesa; comeremos de lo que se sirve en ella ordinariamente. No se altera el orden público en mi casa por la llegada de un amigo como usted. Hágame el favor de entrar... »

A una invitación tan franca y amistosa, y reiterada de una manera tan insinuante y amable, como tan bien lo sabía hacer don Víctor, mal hubiera podido el invitado insistir en la primera excusa.

*Doña Dolores Holguín y Mallarino*, esposa y prima de don Víctor, era una señora adornada de modestia y fortaleza, dulzura, gracia y discreción, como lo apuntó el doctor Carrasquilla, y una de sus hijas, la vivaz y simpática Paulina, se ligó después por el vínculo matrimonial con el distinguido escritor don Antonio Gómez Restrepo, tan señalado por su educación clásica, su copiosa erudición y la amenidad de su estilo. Una

(1) En el local del Colegio de San Joaquín, calle de la Carrera.

de sus dotes consiste en su habilidad para los discursos, mediante redacción clásica, fluida, macisa e interesante.

#### EN LA RESIDENCIA DE LOS PADRES JESUITAS

Por las meses de octubre a diciembre de 1885 el que esto escribe fue más de una ocasión a visitar al padre Mario Valenzuela, sacerdote de gran nombradía y una de las eminencias de la Compañía de Jesús, quien gobernaba la residencia que ella tenía en Bogotá, ubicada en la carrera 4.ª, hacia el sur de la esquina de la iglesia de la Candelaria. Bien conocido es de todos los colombianos el nombre del padre Valenzuela, y especialmente de los católicos que se interesan por las obras del apostolado, y, con mayor razón, de los habitantes de Medellín, donde tuvieron ocasión de admirarlo por sus dotes relevantes: sólidas virtudes, talentos, saber, dón de consejo y espíritu apostólico y, en suma, la gran humildad y abnegación.

En aquella estrecha y modesta casita de la residencia moraban también otros religiosos colombianos: los Padres Taboada, Eugenio Navarro, Santiago Páramo, Ramón Posada, y Nicolás Cáseres, que era guatemalteco y orador de mucha nombradía, de lo cual dió buena muestra el 8 de diciembre en la iglesia de la Concepción discurrendo sobre las prerrogativas de la Inmaculada. Como el viajero llevaba encargo especial de hacer una visita al padre Taboada, en nombre de doña Antonia Jaramillo de Vásquez (abuela materna del señor presidente, general Ospina), y el padre estaba dando una misión en la iglesia de la Peña, hasta allá fue a buscarlo el viajero del encargo.

El padre Pedro Ignacio Taboada era boyacense, de la población de Cocuy, primo hermano del general San-

to Gutierrez, denominado «El Tuso», que fue Presidente de la república (1868 a 1870), y primo también del padre Pedro Salazar entonces cura de Facatativá.

El padre Taboada invitó a su nuevo amigo a una excursión por el hospital militar, situado en el antiguo convento del Carmen, donde había centenares de enfermos de todas las condiciones, de fiebre tifoidea y otras, disentería, pulmonares, cardíacas, etc., procedentes del ejército que hizo la campaña de la costa, que había regresado pocos días antes.

En aquellas salas de enfermería se sentía la fetidez intensamente, y el padre Taboada, que no le temía al contagio ni a la muerte, se sonrió al ver que su compañero fue sacando el pañuelo para evitar en lo posible la absorción de tanta fetidez, probablemente impregnada de miasmas de todo género. En la fisonomía de aquel sacerdote santo se revelaban los rasgos de la humildad, la abnegación, la suavidad y la modestia, al fin como un discípulo acabado de san Pedro Claver.

El padre Taboada vino a morir en la tierra natal, después de una vida apostólica de grandes merecimientos en los campos de las misiones de los países de la América Central y finalmente en Colombia.

#### EN CASA DE LA SEÑORA TOBAR DE CARO

El viajero había recibido encargo de su señora madre y de don Wenceslao Barrientos de ir precisamente a visitar a doña Blasina, viuda de don José Eusebio Caro, quienes habían sido amigos de una hermana de los del encargo, la señora doña María del Rosario Barrientos, segunda esposa del doctor Mariano Ospina Rodríguez, y de don Jenaro Barrientos, tío también del cronista.

El comisionado cumplió el encargo con complacencia. La señora doña Blasina estaba acompañada de su

distinguida hija doña Margarita, esposa de don Carlos Holguín, entonces residente en la corte de España, como representante de Colombia. La visita fue muy bien recibida y doña Blasina hizo muy cariñosas reminiscencias de su grande amiga doña Rosarito Barrientos. Lo mismo un día en que invitó al viajero antioqueño a sentarse a la mesa. Entonces estaba muy niño, como de trece años de edad, y de rostro candoroso y simpático, el futuro repúblico que se llamó Hernando Holguín y Caro.

*Era doña Blasina*, señora de edad proveya, de elevada estatura, rostro serio, piel morena, maneras afectuosas, ideas elevadas y conversación agradable. Gozaba haciendo reminiscencias de las cualidades de su esposo, don José Eusebio, de quien decía, y con sobrada razón: «Caro escribía bien y con mucho sentimiento, porque era sincero y franco, y sabía sentir lo que la pluma expresa, como es propio de una alma noble, pero es raro (porque muchos dicen lo que no sienten....)

*Doña Margarita Caro de Holguín* le pareció al viajero una dama superior por su figura esbelta, su aspecto de circunspección y dignidad, la elevación y cultura de su mente, la manera sobria de expresar sus pensamientos, y todo esto con un sello notable de distinción, serenidad y modestia.

Su aspecto de superioridad de y circunspección, su mirada inteligente y expresiva, su manera de discurrir sobre los acontecimientos que conciernen al orden religioso y social y otras circunstancias, le dan a uno una idea cabal de lo que debe ser el tipo de una reina verdadera, y de lo que habría sido una doña Blanca de Castilla, madre de san Luis de Francia, de doña Isabel la Católica, de doña Isabel de Valois, tercera esposa del rey don Felipe II, de la emperatriz María Te-

resa o de la infortunada y calumniada reina de Francia María Antonieta, la gran víctima de la revolución francesa. Ya que hablamos de reinas infortunadas debe agregársele a esta lista la altiva y digna reina de Escocia, María Estuardo, tal como nos la ha bosquejado el padre Luis Coloma en el libro sobre *La Reina Mártir*....

ESTANISLAO GÓMEZ BARRIENTOS

---

### Honrosa distinción al señor Vicerrector

El ilustrísimo señor Arzobispo, previo concepto unánime del Venerable Capitulo Metropolitano ha nombrado al señor doctor Jenaro Jiménez prebendado de la Catedral de Bogotá, premiando así las virtudes del ilustre sacerdote y su fructuosa tarea de contribuir silenciosamente a la cristiana educación de la juventud en el Colegio del Rosario durante un cuarto de siglo.

Nuestro Instituto está de plácemes, porque todos aquí, sin distinción, deben al señor doctor Jiménez los servicios más valiosos, las más delicadas atenciones; todos formamos una sola familia espiritual y los triunfos de nuestro hermano mayor son nuestros triunfos.

---